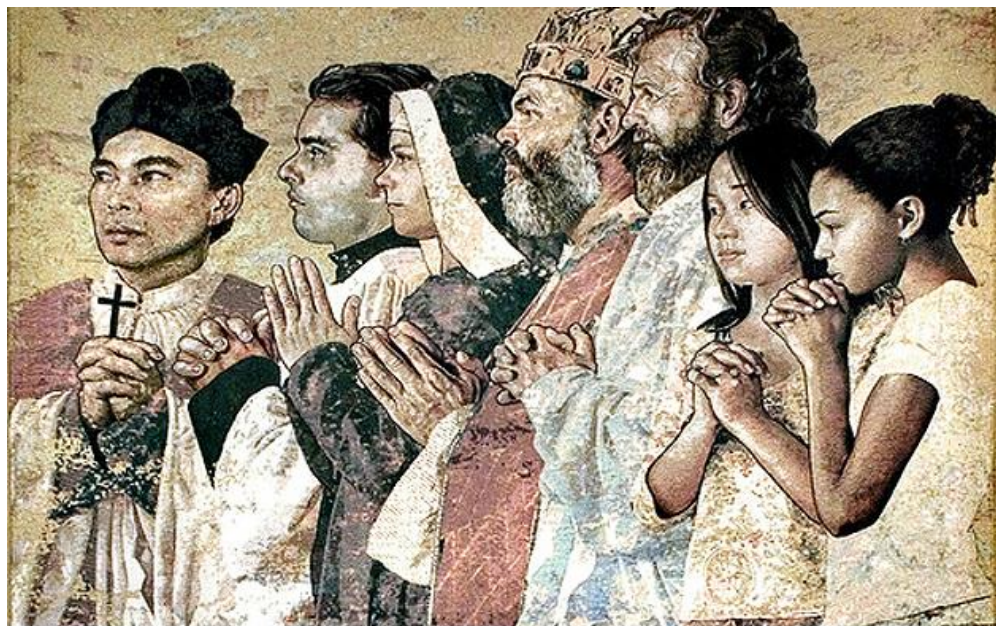


La Oración de los fieles

por José María Iraburu



John Nava - Catedral de Los Ángeles, USA

–La Oración de los fieles en la Santa Misa es una gran Oración que el Concilio Vaticano II restableció «de acuerdo con la primitiva norma de los Santos Padres» (*Sacrosanctum Concilium* 53). Tiene su origen en los Apóstoles, como se ve en algunas exhortaciones de San Pablo: «ruego, pues, lo primero de todo, que se hagan oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos llevar una vida tranquila y sosegada, con toda piedad y respeto» (1Tim 2,1-2). En esta gran Oración universal litúrgica «el pueblo, ejercitando su oficio sacerdotal, ruega por todos los hombres» (*Ordenación Gral. del Misal Romano* 45), y «es muy útil para manifestar y favorecer la activa participación» de los fieles (*ib.*16). La Iglesia, en efecto, se manifiesta en *esamagna Oratio* como «sacramento universal de salvación» (LG 48; AG 1). La Esposa de Cristo, ya en documentos muy antiguos, tiene por la fe una conciencia cierta de que ella está causando continuamente con el Salvador el bien espiritual del mundo entero: «para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo» (*Carta a Digneto* VI,1; después del 150). En la solemne liturgia de Viernes Santo se mantuvieron siempre una serie de oraciones por las grandes intenciones de la Iglesia.

–Las principales normas litúrgicas para la Oración de los fieles las hallamos en el *–Concilio Vaticano II* (1963, SC 50), en las instrucciones dadas en un fascículo por el *–Consilium* postconciliar para la renovación de la liturgia (17-IV-1966, resumidas en la edición española de la «Oración de los fieles», 1968, 1ª ed.), en la *–Ordenación*

General del Misal Romano (1970, nº 16, 45-47) y en las – *Orientaciones Pastorales* que la Comisión Episcopal de Liturgia y su Secretariado establecieron como introducción a la obra. Dispone el Concilio que la *Oración común o universal de los fieles* se haga «después del Evangelio y de la homilía» (SC 53). «Toca al *sacerdote* celebrante dirigir estas súplicas, invitar a los fieles a la oración con una breve monición y concluir las preces. Conviene que sea *un diácono o un cantor* el que lea las intenciones. La *asamblea* entera expresa sus súplicas o con una invocación común, que se pronuncia después de cada intención, o con la oración en silencio» (OGMR 47).

«De suyo ha de ser *un solo ministro* el que proponga las *intenciones*, salvo que sea conveniente usar más de una lengua en las peticiones. La formulación de las intenciones por varias personas que van turnándose, exagera el carácter funcional de esta parte de la *Oración de los fieles* y resta importancia a la súplica de la *asamblea*» (*Orientaciones* 9). Esta norma se infringe con frecuencia, también en las celebraciones más solemnes de la Misa: Congresos Eucarísticos, etc.

«*La serie de intenciones, normalmente, serán las siguientes*: 1- Por las necesidades de la Iglesia. 2- Por los que gobiernan el Estado y por la salvación del mundo. 3- Por los que sufren cualquier dificultad. 4- Por la comunidad local» (OGMR 46; cf. *Orientaciones*, 10).

* * *

–El libro de la *Oración de los fieles* es un subsidio litúrgico de la máxima importancia, pues en sus oraciones deben reafirmarse en forma orante las principales

verdades de la fe (*lex orandi lex credendi*), ha de mostrarse a los fieles la situación real de la Iglesia y del mundo, y de modo consecuente se deben suscitar las peticiones que han de ser elevadas a Dios con mayor insistencia y urgencia. **Importa, pues, muchísimo la calidad doctrinal y orante de este libro, que da forma concreta en la Eucaristía a la voz suplicante de la Esposa de Cristo. La oración de la Iglesia es la fuerza más influyente en la historia del mundo.**

Aquí trataré de la Oración de los fieles editada por el Secretariado litúrgico de la Conferencia Episcopal Española. Convendría, quizá, que la nueva Comisión Episcopal de Liturgia (2014-2017), elaborase *un nuevo subsidio litúrgico para la Oración de los fieles*, pues, aunque el actual reúne un gran número de oraciones muy dignas y hermosas (519 formularios), incluye también algunas bastante deficientes, y sobre todo omite o no integra suficientemente algunas graves peticiones extremadamente urgentes que hoy la Iglesia debería elevar al Señor.

Las observaciones que siguen son meras apreciaciones mías; pero creo que están fundadas en la verdad y que son compartidas por muchos sacerdotes y fieles laicos. Para el presente estudio tengo a mano la *Oración de los fieles* de 1968 (339 pgs.), y las ediciones de 1992, 2005 y 2012 (595 pgs.). Las tres son idénticas, son meras reimpresiones, con el mismo número de páginas. Eso indica que la obra, al menos desde hace ya veinte años, y quizá más, permanece invariable, y que no se estima, al parecer, que sea necesaria o posible su reelaboración.

La actual *Oración de los fieles* española se expresa hoy en las peticiones con un lenguaje suave, eufemístico, desdramatizado, políticamente correcto, no alarmante, que resulta desproporcionado a la gravedad de los males que sufre la Iglesia y el mundo, y que no expresa el ardor suplicante de la tradición bíblica y litúrgica de la Iglesia. En mi obra *Oraciones de la Iglesia en la aflicción* (Fund. GRATIS DATE, Pamplona 2001) recordaba yo el maravilloso *genio suplicante* de las oraciones de Israel y de la Iglesia católica.

–*Israel*. «Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad, han profanado tu santo templo, y tu viña ha sido devastada, pisoteada por los animales. Estamos aplastados bajo el peso de nuestras culpas. No tenemos sacerdotes, ni profetas, ni altar, y sufrimos dispersos, oprimidos, esclavizados. Pero con toda justicia, Señor, han sobrevenido sobre nosotros estas penas, porque en todo hemos pecado, apartándonos de tus preceptos. Y reconocemos que no nos tratas como merecen nuestros pecados, ni nos pagas según nuestras culpas... No nos abandones, Señor, apresúrate a socorrernos, por tu bondad, por tu misericordia, no tardes, extiende tu brazo poderoso, ten piedad de nosotros, acuérdate de las promesas que hiciste a nuestros padres, ven a salvarnos, pues sólo en Ti ponemos nuestra esperanza». La luz de las oraciones bíblicas es como un fuego luminoso, quemante y ardiente.

–*Iglesia*. En la antigüedad y en la edad media *prosigue ese clamor suplicante* con una intensidad igual o acrecentada. En ella encontramos en la liturgia ordinaria oraciones impresionantes, y aún más en las rogativas hechas en

tiempos de aflicción. Están siempre formuladas «in spiritu humilitatis», «de profundis», y nacen a veces cuando el pueblo cristiano se ve en extrema aflicción por herejías y cismas, por hambres, pestes y guerras... «Señor Jesús, Redentor del mundo, nos acercamos a tu altar, y postrados en tu presencia confesamos nuestras culpas, por las cuales somos justamente oprimidos. Tu Iglesia, Señor, tu Esposa, que en los tiempos pasados fundaste y ensalzaste, decae en el error, el pecado y la tristeza. Y no hay quien la consuele y la levante, si no eres tú, oh Salvador nuestro. Tú conoces bien a los que nos persiguen, vence a quienes nos combaten, humilla la soberbia de los que blasfeman de Ti, cambia su mente y su corazón. Y restáuranos, Señor, por la gloria de tu nombre, por la intercesión de tu santa Madre. No desprecies nuestras súplicas cuando clamamos en la aflicción. Ven a visitarnos en la paz y sácanos de la angustia presente. Amén». Ese *de profundis* humilde y contrito, como el del publicano de la parábola, ese ardor audaz y esperanzado de la súplica, vibran poco en la edición española de la *Oración de los fieles*.

–Males muy graves que sufre hoy la Iglesia y el mundo están escasamente aludidos en las preces de la *Oración de los fieles*, y como ya he dicho, se suelen expresar en un lenguaje suave, *light*, buenista, moderado, eclesiásticamente correcto. No se ruega al Salvador, con la potencia suplicante característica de la oración bíblica y de la tradición litúrgica de la Iglesia, que se apresure a vencer los errores y los males que las mismas preces claramente deberían indicar. Pongo algunos ejemplos.

-El ateísmo, en formas culturales muy diversas, crece más y más en el mundo, prescindiendo de Dios, como de una

hipótesis innecesaria y falsa. Nunca en la historia de los pueblos la irreligiosidad había tenido una extensión tan grande. «Es este ateísmo uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo» (Vat. II, GS 19). Pero en la *Oración de los fieles* se alude a este mal en formas leves y parcas.

-**La apostasía de las naciones de antigua filiación cristiana** no se declara tampoco en forma abierta en la *Oración* como un hecho terrible, ni se suscitan súplicas frecuentes, apremiantes y desgarradoras, pidiendo al Señor que con la fuerza inmensa de su gracia conceda regresar a la fe y a la vida de la Iglesia a todos los hijos pródigos que están dispersos, cuidando cerdos y pasando hambre.

-**La gran disminución de las Misiones en la Iglesia actual** fue ya señalada por Juan Pablo II: «la misión específica *ad gentes* parece que se va parando» (*Redemptoris missio* 2), sustituida por el diálogo interreligioso y el asistencialismo benéfico. No son raros los casos de misioneros que declaran con satisfacción que ellos no predicán el Evangelio a los paganos, pues han *superado* la antigua teología de la misión.

Y a esa actitud frecuente en la Iglesia hoy se añade que en medio mundo es *imposible* predicar el Evangelio, bajo pena de expulsión, cárcel o muerte: en los pueblos islámicos, en China, en no pocas de las naciones hinduístas, en Israel. Sin embargo, esta realidad dramática apenas se declara, aunque sea en forma implícita, en la *Oración* de los fieles. Pocas veces se pide con apremio, como San Pablo: «insistid en la oración, orando también por nosotros [los apóstoles], para que Dios nos abra puerta para la Palabra,

y podamos anunciar el misterio de Cristo. Pedid que lo esponga como es debido» (Col 4,3-4).

-La anticoncepción sistemática en la mayoría de los matrimonios cristianos es en la Iglesia actual uno de los más graves males, que profana habitualmente la santidad de la unión conyugal, que degrada la vida familiar, que amenaza gravemente a las naciones con un verdadero suicidio demográfico. Pero estos terribles males apenas se mencionan en las *Oraciones* cuando se alude a la familia. Por ellos tendría la Iglesia que suplicar al Señor con gran frecuencia e insistencia: Señor, asiste a los esposos para que no perviertan su matrimonio por medio de los anticonceptivos, separando el amor conyugal y la apertura a la vida, de tal modo que colaboren fiel e incondicionalmente con Dios Creador... Oraciones claras, conmovedoras, urgentes, que al mismo tiempo 1) reiteren la doctrina católica de la moral conyugal, 2) denuncien una situación generalizada de pecado, y 3) pidan a Dios con esperanza su gracia salvadora.

-El divorcio, lo mismo. Hoy se multiplican más y más los divorcios, cada vez más facilitados por leyes criminales, y con frecuencia seguidos de segundas nupcias, es decir, de adulterios. Tampoco la Iglesia eleva un *clamor suplicante* intenso y mantenido, para que Dios se apiade de su pueblo, y le libre de esta plaga que destruye matrimonios y familias. En general, las series de oraciones por los matrimonios (425-429 *et passim*) reúnen súplicas muy verdaderas y correctas, pero que silencian casi siempre los principales males que han de ser superados: la anticoncepción, el divorcio, el adulterio.

-El aborto, la matanza de los inocentes, que continuamente crece en el mundo, siendo el mayor horror y la vergüenza de nuestro tiempo, no suscita en la *Oración* una súplica frecuente, dolorida, angustiada, esperanzada, invocando la salvación que sólo puede darnos el Omnipotente misericordioso. De modo semejante a *la anticoncepción*, apenas el aborto es aludido con todas sus letras como una peste gravísima que ha de ser vencida fundamentalmente por la oración, y precisamente por la Oración de los fieles en la Eucaristía.

Casi al final de la *Oración de los fieles* (456-486) se incluyen 18 series de intenciones «por diversas necesidades o circunstancias»: *paz, enfermos, Seminario, Hispanoamérica, vocaciones, Pro Orantibus, Domund, Clero indígena, Infancia misionera, comunicaciones sociales, Migraciones, inauguracion de curso (I-II), vacaciones, elecciones, buen tiempo, «en defensa de la vida humana», Tráfico*. Entre las siete intenciones «en defensa de la vida humana», no se menciona, por supuesto, la anticoncepción; y en cuanto al aborto, la única que se acerca un poco al tema dice: «Por la Iglesia, voz de los que no tienen voz: para que, fiel a su misión de iluminar las conciencias de los creyentes y de los hombres de buena voluntad, recuerde constantemente a todos que la vida humana es un don precioso de Dios. Roguemos al Señor» ... En eso se queda. No, no basta. El *combate orante* de la *Oración* contra «el crimen abominable» del aborto (GS 51), hecho legal y financiado en la mayoría de las naciones de Occidente, exige que las armas de la oración estén mucho más afiladas y se ejerciten con una fuerza contundente mucho más grande y frecuente.

-Los alejados, *el número abrumador de bautizados no-practicantes, desvinculados durante decenios de la Eucaristía*—a veces el 80% o más en muchas Iglesias locales, algo nunca conocido en la historia de la Iglesia—, no suscita el horror debido en las *Oraciones*, ni motiva unas súplicas suficientemente insistentes y fervientes: No permitas, Señor, que tus hijos bautizados, habitualmente alejados de la Eucaristía, malvivan, se queden muertos, al no recibir a Cristo, pan de vida: «si no coméis mi carne... no tendréis vida en vosotros» (Jn 6,53). Ésa es una súplica que, en variedad de fórmulas, habría de estar casi siempre presente en las Misas, especialmente en las Eucaristías dominicales. Pero, que yo recuerde, apenas se ora por esta intención en la Oración de los fieles de la *Misa IV de Pastores*, y en forma indirecta: «Por la multitud incontable de los bautizados que viven al margen de la Iglesia. Roguemos al Señor» (398). Poco es eso. Muy poco.

-El impudor, el desprecio de la castidad, *la pornografía*, aunque en el mundo y en el mismo pueblo cristiano produzca estragos hoy en proporciones quizá nunca conocidas, no da lugar a las oraciones que habrían de elevarse a Dios para librarnos de esas enormes epidemias mundiales, promovidas por el diablo a través de potentísimos medios de comunicación, organismos estatales y fundaciones de inmensa riqueza.

-El Purgatorio, *posibilidad probable en la mayoría de los cristianos difuntos*, pues la mayoría mueren «imperfectamente purificados» (*Catecismo* 1030), apenas es aludido en los muy numerosos formularios de preces para las Misas de difuntos (491-519). Por esta omisión, en

la práctica, se colabora a que en la conciencia del pueblo católico desaparezca la fe en el Purgatorio, negado por los protestantes. Y el problema se agrava cuando no pocos sacerdotes en la homilía declaran que «nuestro hermano goza ya de Dios en el cielo», o con mayor optimismo aún: «ya ha resucitado» ... En la *Oración de los fieles*, en la gran mayoría de las preces, se pide a Dios lo que de Él se espera (*lex orandi, lex credendi*): «que descansen de sus fatigas y tengan parte en la resurrección gloriosa» (493), «que sea introducido en el reino de la luz y de la vida» (495): así, sin más, sin aludir casi nunca a esa «purificación final» que enseña la fe católica (*Catecismo* (1031)).

Este cuadro erróneo se completa si el sacerdote elige en el Misal Romano el formulario *Por un difunto* (6, B), que en la postcomunión pide a Dios «*que nuestro hermano viva ya la alegría de participar en la resurrección de Cristo*» ... Ya. Por lo visto, sin que nos hayamos enterado, se ha cumplido ya la *Parusía* del Señor, pues justamente cuando ella suceda, «en el último día», entonces será la resurrección de los muertos (*Catecismo* 989; cf. Jn 6,39-40; Flp 3,20-21) ... Es verdad que alguna vez la *Oración* alude al Purgatorio sin nombrarlo: «Para que los fieles difuntos, *purificados* de sus culpas, alcancen la eterna bienaventuranza» (492; cf. 505, 516); pero lo hace muy pocas veces y con escasa claridad. No basta con eso, ni remotamente, para confesar y confirmar la fe de la Iglesia.

–**El diablo**, que con la carne y el mundo es el más poderoso enemigo del Reino de Dios en los hombres (Mt 13,1-23; Ef 2,1-3; 6,12 *et passim*), apenas es mencionado en la *Oración de los fieles*. Podría prolongarse ampliamente la lista de las grandes omisiones. Por ejemplo, si en las 18

series de preces especiales (456-486), a las que he aludido, se incluye un formulario para orar por «la responsabilidad en el tráfico», ¿no habría más razón y mucha más urgencia para orar por los Centros católicos de enseñanza – universidades, escuelas y colegios–, pidiendo al Señor ¡que den educación y doctrina católica a sus estudiantes! *Et sic de cæteris.*

* * *

–Se evita generalmente en las preces litúrgicas aludir de modo explícito a la confrontación del Reino y del mundo, tan extremadamente fuerte en el tiempo actual. *Los poderes del mundo se alzan hoy contra Dios y contra su Mesías, rechazan a Cristo, el Salvador único del mundo, apartan positivamente de las sociedades su yugo suave, estimándolo aplastante. Los gobernantes de las naciones, obligados a veces por los grandes Organismos Internacionales, producen leyes abiertamente criminales, contrarias tanto al orden natural del Creador como a los mandatos de Cristo Rey: leyes que fomentan los pecados, inculcándolos en leyes, planes educativos y medios de comunicación, e incluso a veces los financian: anticoncepción y aborto, divorcio, ideología del género y homosexualidad, destrucción del matrimonio y de la familia, eutanasia, ruptura sistemática con toda la tradición nacional cristiana, falsificación de la historia, adiestramiento de niños y adolescentes en las formas diversas de la fornicación, presentándolas todas como igualmente «naturales», normales y sanas, etc.*

La *Oración de los fieles* parece ignorar esta realidad enorme del tiempo presente. El grupo de las preces, que según está mandado, se eleban a Dios «por los que

gobiernan el Estado», son beatíficas, serenas, neutrales, moderadas, correctas. En modo alguno expresan esa «dura batalla» (GS 37) que atraviesa toda la historia humana «entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas» (*ib.* 13), es decir, entre Cristo y Satanás, entre aquellos que son ovejas y los que son lobos. Son paupérrimas, pero políticamente impecables:

«Para que los dirigentes políticos de nuestro país y de todos los países del mundo cumplan sus palabras y promesas (*sic!*), en orden al bien común de los ciudadanos», como si fuera deseable siempre que sus intenciones y palabras se cumplieran... «Por los gobernantes de las naciones, para que respeten los derechos de los ciudadanos y trabajen por lo que conduce a la dignidad de la persona» ... «Para que fomenten siempre la paz y el desarrollo, y respeten la justicia y la libertad. Roguemos al Señor» ... Son súplicas diplomáticas, inatacables, sea cual fuere el régimen político imperante. Pólvora mojada. No molestan a nadie. Ni denuncian con vigor lo gravísimos males que tantos poderes políticos, aplicando una ingeniería social diabólica, causan en los pueblos, conduciéndolos por caminos de perdición. No pide la Iglesia al Señor con audacia esperanzada, combativa, suplicante, que sujete con su brazo poderoso a los gobernantes malignos, que les dé un corazón nuevo, que confunda sus intentos y detenga sus acciones criminales. Él, que *vive y reina* por los siglos de los siglos. Amén.

–La persecución de los cristianos en el mundo, terrible hoy en bastantes naciones –marginación, expolios, exilios, incendio de iglesias, violaciones, cárcel, muerte– tendría que suscitar en la Iglesia una oración sumamente frecuente

y apremiante, como la de los primeros cristianos cuando fue Pedro encarcelado: «la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (Hch 12,5). Pero ese *magnus clamor*, que no se produjo en el siglo XX, cuando el Imperio Comunista aplastaba a los cristianos en tantas naciones, tampoco se alza en el XXI, cuando el cristianismo es entre todas las religiones del mundo la más perseguida, con gran diferencia...

Se diría que no nos *duelen* los azotes terribles que sufren nuestros hermanos. Pareciera que no somos miembros de un mismo Cuerpo, y que los golpes que unos reciben *no duelen igualmente* a los otros. La *Oración de los fieles* debería suscitar ese dolor y la súplica consecuente al Señor; pero apenas cuando se celebra Misa de mártires se alude discretamente a esos sufrimientos: «Por los cristianos que sufren persecución o discriminación social por su fidelidad al Evangelio: para que salgan fortalecidos de la prueba» (404). Y con eso sólo, orado de vez en cuando, con eso nos quedamos. No está bien. Está mal.

–**La insuficiencia soteriológica de la *Oración de los fieles* y la tendencia horizontalista** es también bastante acusada en la *Oración de los fieles*. El Misal Romano, como ya indiqué, señala cuatro intenciones que no deben faltar en la *Oración de los fieles*, y la segunda es «por los que gobiernan el Estado y por la salvación del mundo» (OGMR 46). Las *Orientaciones* de la edición española enumeran también esos cuatro grupos de intenciones, pero no mencionan «la salvación del mundo», no se sabe –sí se sabe– con qué razón: hablan simplemente de «las naciones y los asuntos públicos». Y de hecho, raras veces la *Oración* pide «por la conversión de los pecadores»,

aunque emplee a veces, sobre todo en los formularios de Cuaresma, expresiones suaves equivalentes. En todo caso, se evita casi siempre aludir al peligro de *la condenación eterna*. Una frase como «libranos de la condenación eterna», la del *Canon Romano* de la Misa, apenas resulta imaginable en la *Oración de los fieles*. Sería como un rayo que estalla de pronto en una noche serena. La salvación o condenación de los hombres, constantemente aludidas en el Evangelio predicado por Cristo, es un tema que prácticamente queda fuera de la *Oración de los fieles*.

Esta cuestión es tan grave que requiere una consideración un poco más amplia. La fe distingue en el mundo de los males tres momentos: 1º– *el pecado* (el acto culpable, rechazar la voluntad de Dios, resistir la moción de su gracia, mentir, ofender al prójimo, robar, matar, etc.); 2º– *las consecuencias temporales del pecado* (injusticia, hambre, soledad, violencia, angustia, guerra, pobreza, etc.), y 3º– *la consecuencia eterna del pecado, la condenación, el infierno*. Pues bien, en la *Oración de los fieles*, la inmensa mayoría de las intenciones olvidan pedir la liberación 1º del pecado y 3º de la condenación eterna., y casi todas van referidas a la liberación 2º de las consecuencias actuales del pecado. Horizontalismo no-soteriológico.

Un ejemplo lamentable de lo que señalo podemos verlo en las intenciones para la *Misa del día en la Natividad del Señor*. En ese formulario de preces se pide por la difusión de la Buena Nueva de la salvación, por todos los pueblos, por todos los que sufren, por los difuntos, por nuestra ciudad. Pero apenas pide al Salvador que salve del pecado a los hombres. Los Evangelios, por el contrario, celebran al narrar el Nacimiento de Jesús que «nos ha nacido un

Salvador», que «quita el pecado del mundo» (Lc 2,11; Jn 1,29), y que lleva «por nombre *Jesús*, porque él salvará al pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). Y eso es lo que La Liturgia católica ha de celebrar ante todo en la Natividad de Jesús, orientando sus peticiones en esa dirección. Bendito sea Dios, que por nuestro Señor Jesús nos salva 1º del pecado, 3º de la condenación eterna, y también en buena parte 2º de las consecuencias del pecado en este mundo. Pero no. La *Oración de los fieles* invoca a Jesús casi exclusivamente como al Salvador de *las consecuencias temporales del pecado*:

«Por todos los pueblos, razas y naciones: para que encuentren la paz, don de Dios y fruto del amor y la justicia, y cesen las guerras, la segregación racial y toda clase de opresión y de violencia». «Por todos aquellos que llevan en su carne la señal de Cristo pobre y paciente: los enfermos, los que pasan hambre, los emigrantes, los presos, los exiliados, los refugiados, los marginados sociales, los mal vistos, los que sufren los horrores de la guerra, lo que lloran la pérdida de sus seres queridos, los que no tienen trabajo, lo que viven sin hogar, los ancianos que viven solos, los niños huérfanos: para que puedan sentirse amados de Dios y sus corazones se llenen de gozo. Roguemos al Señor». De los pecadores, nada. Y las otras preces insisten en lo mismo: «hambre, enfermedad, soledad, prisioneros, refugiados, desterrados, emigrantes» ... Bien está suplicar al Señor que, por el nacimiento humano de su Hijo eterno, alivie al mundo de las consecuencias del pecado (2º); pero mal está que no se pida para los hombres la salvación del pecado (1º) y de la condenación eterna (2º). ¡Pues esto es lo principal que nos *concede* la gloriosa Natividad de Jesús!

Esta tendencia *horizontalista* se manifiesta con gran frecuencia en la *Oración de los fieles*, y es una de sus deficiencias más graves y frecuentes. Se verá, por ejemplo, defraudado aquel que, celebrando la gloriosa *Asunción del Señor* a los cielos, espere encontrar en la Oración de las fieles súplicas ascensionales: «levantemos el corazón. Lo tenemos levantado hacia el Señor», o exhortaciones orantes como la de San Pablo: «si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col 3,1-2). Apenas hallará apuntado ese espíritu (163, 1ª petición) en el conjunto de los cinco formularios que se ofrecen (163-167).

* * *

–Las deficiencias y omisiones que observamos en la Oración de los fieles afectan a muchos puntos de la doctrina y espiritualidad de la Iglesia, que no es posible enumerar completamente. –*Los Pastores* (395-398) guían, cuidan, enseñan, denuncian... pero no se menciona que celebren la Eucaristía, el Sacrificio de la Nueva Alianza, y los sacramentos. –*Las Virgenes* (405-406): se pide por ellas y por muchos otros, cumpliendo con todos... pero no se alude a la vinculación especial de las vírgenes consagradas con Cristo Esposo. –*Por la unidad de los cristianos* (443-450) ofrece más de una vez súplicas «por todas las Iglesias», como si hubiera más de una, la católica. Y el mismo error aparece en otras ocasiones: «Para que la gracia de Dios brille sobre las Iglesias desunidas» (90) ... No se está refiriendo la oración a la unión de «las Iglesias» locales católicas, expresión plural que sería tradicional y verdadera, sino a las diversas confesiones y comunidades

cristianas: a un montón de «Iglesias» ... En fin, se da en la *Oración de los fieles* un conjunto de deficiencias y omisiones que, siendo diversas, manifiestan siempre un mismo espíritu, el de los años 70, que aún persiste atenuado: van todas en la misma dirección.

–**La Oración de los fieles es muy escasa en expresiones bíblicas.** Contrasta mucho en esto con las *Preces* de Laudes y Vísperas, elaboradas en la nueva *Liturgia de las Horas*, pues en éstas son frecuentes las peticiones que parafrasean textos bíblicos. Trenzan así en las oraciones litúrgicas Palabras divinas y palabras humanas. Y ello tiene mayor importancia de lo que pueda parecer a primera vista. Miro, por ejemplo, la *I Semana del Tiempo Ordinario*:

«Padre todopoderoso, haz que florezca en la tierra la justicia y que tu pueblo se alegre en la paz» (*dom.*, 1ª vísip.), «Glorifiquemos al Señor Jesús, luz que alumbró a todo hombre y Sol de justicia que no conoce el ocaso, y digámosle: ¡Oh Señor, vida y salvación nuestra!» (*ib.* laudes). «Que baje hoy a nosotros tu bondad y haga prósperas las obras de nuestras manos» (*lunes*, laudes), «Salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu heredad» (*ib.* vísip.), «Congrega en la unidad a todos los cristianos, para que el mundo crea en Cristo, tu enviado» (*ib.*) ... Son oraciones profundamente inspiradas en la Biblia, en la Liturgia cristiana, en la tradición de los Padres y grandes Maestros espirituales, que nos mantienen dentro del mundo armonioso de la fe católica.

Neologismos expresivos. La *Oración de los fieles*, escasa de inspiración y de terminología bíblica, aunque guarda en sus preces habitualmente un nivel digno y ortodoxo, emplea a veces palabras extrañas a la tradición litúrgica y al

pensamiento cristiano. La introducción ocasional de estas expresiones modernas no produce en ella ningún efecto positivo.

–«Para que los jóvenes y los adolescentes de hoy se sientan *interrogados* por el sacerdocio y lo acojan *como proyecto* para su vida» (460): interrogados... acoger como proyecto. Más bien: para que los jóvenes y adolescentes que sean llamados por Dios al sacerdocio acojan fielmente ese ministerio apostólico sacramental, hoy muy escaso en tantos lugares de la Iglesia. O algo así. –Otro ejemplo: ... «que nuestros pastores vivan *ilusionadamente* su entrega y servicio a los hombres» (461). Ilusión, ilusionadamente, son palabras prácticamente ajenas al lenguaje cristiano y litúrgico, y tampoco suponen una adición positiva. Los cristianos vivimos de la fe (Rm 1,17), no de ilusiones; vivimos de la fe operante por la caridad (Gal 5,6). Las ilusiones no tienen verdadera realidad. Es cierto que el lenguaje moderno ha dado al término ilusión una posible acepción de esperanza, pero ha sido un desarrollo semántico precario, sin un fundamento en la realidad, porque inevitablemente se mantendrá siempre como acepción primera de *ilusión* la que indica el DRAE: «concepto, imagen o representación *sin verdadera realidad*, sugeridos por la imaginación o causados por engaño de los sentidos». No camina por ahí el pensamiento y la vida de los cristianos. Por eso la liturgia católica siempre emplea términos realistas, acepciones propias, objetivas, creando un lenguaje sagrado que excluye deliberadamente las expresiones imprecisas del lenguaje popular y vulgar, aunque empleadas éstas en su sitio sean perfectamente legítimas.

¿Soluciones? No parece que sea posible *revisar* un libro de casi 600 páginas, y conseguir *mejorarlo*. Más bien sería deseable que la Comisión Episcopal de Liturgia, por medio de su Secretariado, lograra la elaboración de una *Nueva Oración de los fieles*, renunciando a la reimpresión indefinida de la anterior. Y si no se viera posible a corto plazo la creación de esta nueva obra, quizá fuera más viable y conveniente que publicase una adaptación de las preces para la Eucaristía logradas con mayor perfección en otras naciones y en otras lenguas.

José María Iraburu, sacerdote

Post post. – En *El libro de la Sede*, otro importante subsidio litúrgico del Secretariado Nacional de Liturgia, editado por primera vez en 1983 (796 págs.; reimpresión actualizada, 2010, 911 pgs.), se contienen también formularios para la Oración de los fieles, que son bastante semejantes, en méritos y en defectos, a la obra que acabo de analizar. Hoy, por ejemplo, *lunes IV de Cuaresma*, tiempo de gracia y conversión, se hacen seis peticiones en favor de «los que lloran... enfermos... tristes... necesitados... oprimidos... esperanza». Ninguna petición por la conversión nuestra, de los pecadores, de los que viven lejos de Cristo. Es tremendo.

Sólo otra observación crítica concreta. Con alguna frecuencia se proponen en *El libro de la Sede* unas intenciones que van en dos partes: la primera afirma una verdad o testimonia un hecho; y la segunda eleva sobre el tema una oración suplicante. Por ejemplo: «Son las realidades efímeras: el dinero, el placer, el poder, el dominio, el prestigio, lo que más se valora. Para que todos comprendan que la presentación de este mundo se termina

y que el momento de la conversión es apremiante, roguemos al Señor» (*III Dom. T. Ord. -Año B*). Pues bien, esta forma de oración litúrgica, que yo sepa, no tiene precedente en la tradición de la Iglesia. La primera parte es no-orante; y partiendo de ella, se eleva en la segunda el vuelo de la oración. Resulta así una dualidad inconveniente y la considero una fórmula fallida. La liturgia tradicional uniría las dos partes en un vuelo oracional único: «Muestra, Señor, a tus fieles la condición efímera del dinero, del placer, del prestigio, para que siempre entiendan que la presentación de este mundo se termina y que el momento de la conversión es apremiante. Te lo pedimos, Señor». Así sí. La intención formulada al modo tradicional unido-continuo es mucho más favorable para la oración de la asamblea litúrgica.



(Pamplona, 1935-), estudié en Salamanca y fuí ordenado sacerdote (Pamplona, 1963). Primeros ministerios pastorales en Talca, Chile (1964-1969). Doctorado en Roma (1972), enseñé Teología Espiritual en Burgos, en la Facultad de Teología (1973-2003), alternando la docencia con la predicación de retiros y ejercicios en España y en Hispanoamérica, sobre todo en Chile, México y Argentina. Con el sacerdote José Rivera (+1991) escribí *Espiritualidad católica*, la actual *Síntesis de espiritualidad católica*. Con él y otros establecimos la [Fundación GRATIS DATE](#) (1988-).

He colaborado con RADIO MARIA con los programas *Liturgia de la semana*, *Dame de beber* y *Luz y tinieblas* (2004-2009). Y aquí me tienen ahora con ustedes en este blog, *Reforma o apostasía*.